

David Rosenmann Taub

La enredadera del júbilo

A ti.

I

EL MANANTIAL



QUIEN eres tú? ¿Quién eres tú? ¿Quién eres
[al alba,
a la noche, a la tarde? ¿No es el amor tu
[imagen?

Yo crecía. Y crecías tú. ¡Y nosotros crecíamos!

Tomamos los racimos. ¿No es el amor mi imagen?

Dolías en el llano de las cosas que rompen.

En las cosas que abaten yo dolía. ¿Y tu imagen?

El agua, entre las aguas, horadaba y subía.

¡Oh qué sed de esa agua! ¡Nuestra sed! ¿Y mi imagen?

En derredor la vida, para que así se cumpla
la forja de la aurora repentina. ¡El encuentro!

Mas no lo repentino. ¡Los únicos caudales!

Imagen contra imagen, hacia imagen. ¡Lo nuestro!
 Esto que ahora esplende. ¡El amor! ¡El amor!
 ¡Esto que nos destina rebeliones de imágenes!

II

EL DIA

Doce de junio.

Hablé. Nosotros lo comprenderíamos.
 ¿Iba la noche a retener tu entrega?
 Por la ventana el mar que nos separa.
 Seremos uno interminablemente.

Ahora estás conmigo. Qué seguro,
 qué distinto es el ser: en su coraje
 me alcanzas. ¡Para siempre! Los poderes,
 indolentes, ajenos, conocidos.

Hablé. Nosotros lo comprenderíamos.
 ¿Iba la noche a retener tu entrega?
 Por la red el erial que nos separa.
 Desnudos, absolutos, luminosos.

Esa boca aquí, cerca, nuestra, mía,
 nuestra, tuya: si tuya, mía, mía:
 lo feraz: arrecife de transcurros:
 que yo, por ti, soy yo, todas tus veces.

Hablé. Nosotros lo comprenderíamos.
¿Iba la noche a retener tu entrega?
Por lo ayer el fanal que nos separa.
En torbellino, frágiles, amándonos.

Ahora estoy contigo. Realidad,
ahora puedes afrontar el mar:
en la eficacia, el mar, con resistencia,
se levanta hacia el sol. Tú estás conmigo.

Ventana. Red. Lo ayer. ¿Qué nos separa?
Seremos uno, interminablemente
desnudos, absolutos, luminosos,
en torbellino, frágiles, amándonos.

III

LA ENSENADA

Veintinueve de octubre.

Amor mío, mi amor, por fin te quiero
como debía yo haberte querido
siempre, siempre, mi amor, mi amor querido:
sólo sé que te quiero, que te quiero.

Quiero saber que me amas, amor mío,
labio con labio, entrega y derrotero,
lengua de amor en gozo verdadero,
alegría de entrañas, amor mío.

Yo te celebro, amor. ¡Cómo te quiero!
Sólo me entiendo cuando sé que te amo,
sólo te quiero, amor, sólo te quiero.

Qué es lo divino, si eres el alero
del universo. Ven conmigo. Te amo.
Labio con labio, entrega y derrotero,

lengua con lengua sobre el horizonte
del horizonte, qué es la tierra, dime:
el horizonte de mi carne gime
despedazado, en mi alma, como un monte

de ardido alrededor. Por fin te quiero
como debía yo haberte querido
siempre, siempre, mi amor, todo vencido,
todo en torrentes, nítido aguacero.

Todo en deseo y ebriedad de cauces.
Todo estragado por las fuertes fauces
de mi amor. Todo en siembra, en ti, en presencia

vertiginosa, en alborear radiante
de ti, de ti, mi amor, hasta la ausencia
que unirá nuestros cuerpos a la amante

corteza eternizada de la sombra.

IV

LA PLENITUD

Nueve de febrero.

¡Oh tu pelo! En tu pelo
se me antojara
enloquecer. Te acecho
alma con alma.

Sé que me amas. Te encierro
manos y labios
en el febril sosiego
del pecho inválido.

¡Tenaz, errante pecho!
¡Debilidad
potente! ¡Astro venciendo
en altamar

la ola del supremo
retroceder!
¡Oh tañido de espejos!
Cristal petrel,

sonido reflejado,
¿soy tu reflejo?
Cabeza sin espacio,
en donde pienso

que me pienso. Poema
que se rebela
contra esta tolvana
de contingencia.

¡Oh tu pelo! En tu pelo
se autodivide
el amor en espejos:
sólo allí existes,

y existo yo, también,
y existiremos.
No puede perecer
lo que es eterno.

Lo que se desvanece:
lo duradero.
El polvo que sumerge:
¡la red del tiempo!

Cabeza que yo amo,
sienes que amo,
existencia que amo,
¡frente que amo!

Dulzura en que me tiendo,
boca que beso,
calor en que penetro,
nuca que beso.

Y tú también me besas,
también me tornas
mediodía de piedra
en carne y sombra.

Más que la piedra, tu alma;
más que tu alma,
tu cara desatada;
más que tu cara

desatada, tu aliento;
más que tu aliento,
tu boca y el revuelo
de tu boca en mi cuerpo.

¡Tu boca en la extasiada
consumación del cuerpo!
Mis manos en tu alma.
¡Mis dedos en tu pelo!

¡Oh tu pelo! En tu pelo
soy tu reflejo.

Espejo que posee
lo duradero.

Boca para beber
lo duradero.

El polvo que sumerge.

¡La red del tiempo!

¡No puede perecer
lo que es eterno!

V

EL RECINTO

Trece de abril.

Hemos venido a dar, como estas olas,
a una orilla quebrada. Hemos sabido
lo que es lamer la arena, desbocados.
Como si no anduviéramos provistos.

¡Bien provistos que estamos! No tan sólo
de amapoleaje: ¡duro con el nicho
que nos rebasa en años sin frontera!
¡El amor sí que sabe ser amigo!:

¡dichosa destrucción que nos construye!:
hemos venido a dar, como estas algas,
a una gaviota de agonía altiva.

En medio de la dicha el mar nos une.
La sal trae las rocas a mansalva.
¡Transcurre el día en sus gloriosas cimas!

VI

LA RAIZ

Es desertar. La realidad se opone.
El mar se arroja a la desolación.
Amor, el alma cae de rodillas.
Tú te alejas. Yo te amo. No es posible.

Aquel lecho. Aquel sorbo. Aquel deleite.
Aquel rincón. Aquel temprano atraso.
Aquel viaje. Te ocultas. Regresemos.
Ceniza que se aferra, vencedora.

Mejor hundidos. No. Olvidé el olvido.
Te enneblinas. ¡La luz! ¡La luz en mí!
Erecta luz, salvaje manantial.
Llora tu llanto, acude hacia mis lágrimas.

Qué es olvidar: ¡olvido de las venas!
Amor, mi amor: dame lo que era mío:
bosque iracundo, afán para amargura,
para otros lindes. ¡Cuál sendero? ¡Rastros!

Es desertar. Es desertar. No importa:
alcemos lo verídico. No hay más.
Vive como lo has hecho. Pero abárcame.
Tú te alejas. Yo te amo. No es posible.

Oh calles: amenazas de mis pulsos.
Esfuerzo. Tuyo en ti. Si no, lo ciego,
lo sin postrimería. Y que circule
lo que me exige ardor definitivo.

No descuajes las garras de las garras.
Bajo este bloque de locura, bésame.
Otra vez, amor mío, desbordados.
Hogueras, por distintas, reunidas.

Hogueras, por perfectas, apartadas.
Hogueras, por constantes, descendiendo.
Hogueras, por hogueras, sollozando.
El mar se arroja a la desolación.

Es desertar. Es desertar. ¡Es desertar!
Déjame amarte. Asume lo pasado.
Tú te alejas. ¡Oh no! Miente y abárcame.
O venga el sueño con sus apetencias:
la piedra, en estertor, sobre la escarcha:
el silencio en la nada turbulenta.